

las hecatombes de la Greve. Nangis lo ha dicho bien, y Montfaucón, para poblarse, vacía el Louvre.

(Paseándose á grandes pasos.)

Es una verdadera traición pretender negarle el derecho de gracia al hijo del rey Enrique. ¿Para qué sirvo, pues, caído, destronado y desarmado? Vivo encerrado en ese hombre como en una sepultura. Su manto es mi sudario y mis pueblos me lloran. ¡No, no! Yo no quiero que mueran esos dos mozos, porque la vida es un don del cielo hermoso y excelente.

(Después de una divagación.)

Dios, que sabe á donde conduce, puede abrir una tumba; el rey no. Los devuelvo á los dos á su familia. Vivirán. Ese anciano y esa muchacha me colmarán de bendiciones. Está dicho. ¡Y he firmado yo, el rey! El cardenal se me pondrá furioso; pero ¡qué diablo!, peor para él. Daré gusto á Bellaguarda.

L'ANGELY

Sobre que, alguna vez, debe permitiros ser rey, por descuido.

## ACTO QUINTO

### EL CARDENAL

## BEAUGENCY

El torreón de Beaugency. Una terraza. En el fondo el torreón; en torno un gran muro. A izquierda, alta puerta ojival. A derecha una puertecita. Al lado de ella una mesa de piedra, delante de un banco de piedra.

### ESCENA PRIMERA

LOS OBREROS trabajan en la demolición del muro por su ángulo izquierdo; ya la brecha está bastante avanzada

OBRERO 1.º, trabajando

¡Hum! ¡Es duro!

OBRERO 2.º, ídem

¡Maldito sea el grueso muro!

OBRERO 3.º, ídem

Pedro, ¿has visto el cadalso?

OBRERO 1.º

Sí.

(Se dirige á la gran puerta y la mide.)

La puerta es estrecha y no dejaría pasar la litera del cardenal.

OBRERO 3.º

Esa litera es una casa.

OBRERO 1.º, asintiendo

Con enormes cortinas. Veinticuatro hombres la llevan sobre su espalda.

OBRERO 2.º

Una noche vi avanzar todo el armatoste. Parecía Leviatán en la sombra.

OBRERO 3.º

¿Y qué vendrá á hacer aquí con tanta gente de armas?

OBRERO 1.º

Viene á presenciar la ejecución de esos dos muchachos; está enfermo y le conviene distraerse.

OBRERO 2.º

¡Ea! Acabemos la brecha.

(Vuelven á la faena. El muro acaba de caer.)

OBRERO 3.º

¿Has visto qué cadalso negro han levantado? ¡Cómo se conoce que son nobles!

OBRERO 1.º

¡Todo lo tienen los nobles!

OBRERO 2.º

Me gustaría ver si para nosotros levantarían también un cadalso así...

OBRERO 1.º

¿Y qué habrán hecho esos señores para que los ahorquen? Eh, Mauricio, ¿comprendes esto tú?

OBRERO 3.º

No. Son cosas de la justicia.

(Continúan derribando el muro. Entra LAFFEMAS. Los obreros se callan. Llega por el fondo, como si viniera de algún patio interior de la cárcel. Se detiene delante de los obreros y parece examinar la brecha y darles órdenes. Acabada su faena, les hace tender de un lado á otro un gran paño negro, que oculta la brecha enteramente; luego les despide. Casi al mismo tiempo aparece MARIÓN, vestida de blanco, con velo. Entra por la gran puerta, atraviesa rápidamente la terraza y llama en el portillo de la puertecita. LAFFEMAS se dirige al mismo sitio andando lentamente. El portillo se abre. Aparece el guardián.)

ESCENA SEGUNDA

MARIÓN y LAFFEMAS

MARIÓN, mostrando al guardián el pergamino  
¡Orden del rey!

EL GUARDIÁN

No hay paso, señora.

MARIÓN

¡Cómo!

LAFFEMAS, presentando un papel al guardián

¡Firmado por el cardenal!

EL GUARDIÁN

Entrad.

(LAFFEMAS, en el momento de entrar, vuelve la cabeza, considera un instante á MARIÓN y deshace lo andado para acudir á ella. El guardián vuelve á cerrar la puerta.)

LAFFEMAS, á MARIÓN

Sí, no me engaño, ¡todavía vos! El sitio da lugar á conjeturas.

MARIÓN

Sí.

(Con aire de triunfo y mostrándole su pergamino.)

¡Tengo el indulto!

LAFFEMAS, mostrándole su escrito

Y yo la orden que lo revoca.

MARIÓN, con un grito de angustia

Mi escrito es de ayer mañana.

LAFFEMAS

El mío de esta noche.

MARIÓN, cubriéndose los ojos con las manos

¡Oh, no hay esperanza!

LAFFEMAS

La esperanza no es más que un relámpago. La clemencia de los reyes es alfarería frágil. Llega despacio, pero se marcha de prisa.

MARIÓN

¡Y, sin embargo, el propio rey se conmovió al indultarlos!

LAFFEMAS

¿Pero *puede* el rey cuando el cardenal *quiere*?

MARIÓN

¡Oh, Didier, mi última esperanza acaba de desvanecerse!

LAFFEMAS, bajo

No la última.

MARIÓN

¡Cielos!

LAFFEMAS, acercándose á ella, bajo

Hay en este recinto un hombre á quien una sola palabra vuestra puede hacer más dichoso que un rey... y más poderoso también.

MARIÓN

¡Márchate!

LAFFEMAS

¿Es la última palabra?

MARIÓN, con altivez

¡Basta!

LAFFEMAS

¡Incomprensibles caprichos femeninos! En otros tiempos erais fácilmente amable, y hoy, cuando se trata de salvar á vuestro amante...

MARIÓN, sin mirarle. Se vuelve hacia la puertecita con las manos juntas

¡Aunque fuera para salvarte, no podría volver á ser lo que he sido! Tu soplo ha purificado mi alma, Didier. A tu lado nada queda de mi antigua vida, y tu amor me ha dotado de otra virginidad.

LAFFEMAS

¡Ámale, pues!

MARIÓN

¡Monstruo! Pasa del crimen al vicio; dejadme tranquila.

LAFFEMAS

Todavía puedo prestaros un servicio.

MARIÓN

¿Cuál?

LAFFEMAS

Si queréis verle, puedo haceros entrar. A la tarde.

MARIÓN, temblando

¡Dios mío! ¡Esta tarde!

LAFFEMAS

Sí, esta tarde; para ver desde el portillo vendrá el mismo cardenal.

(MARIÓN queda abismada en un profundo y convulso divagar. De repente se pasa ambas manos por la frente y se vuelve como enajenada á LAFFEMAS.)

MARIÓN

Decidme, ¿cómo haríais para dejarles escapar?

LAFFEMAS

¿Si... consentíais vos? Entonces podría hacer guardar esta brecha por dos hombres de mi confianza...

(Escucha del lado de la puertecita.)

Se oye ruido... Creo que vienen.

MARIÓN, retorciendo sus manos

¿Y les salvaríais?

LAFFEMAS

¡Sí!

(Bajo.)

Para decirlo aquí todo, tienen demasiado eco estas paredes... En otro sitio...

MARIÓN, desesperada

¡Vamos!

(LAFFEMAS se dirige hacia la puerta grande y con la mano le hace signos de que le siga. MARIÓN cae de rodillas vuelta á la puertecita de la cárcel. Luego se levanta con movimiento convulsivo y desaparece, siguiendo por la gran puerta á LAFFEMAS. El portillo de la prisión se abre, y en medio de un grupo de guardas entran SAVERNY y DIDIER.)

## ESCENA TERCERA

SAVERNY y DIDIER

(SAVERNY, vestido á la última moda, llega con petulancia y alegría. DIDIER, de negro, muy pálido y caminando lentamente. Un carcelero, acompañado de dos alabarderos, les conduce. El carcelero coloca á los dos alabarderos de centinela, al lado de la brecha. DIDIER va á sentarse en silencio sobre el banco de piedra.)

SAVERNY, al carcelero, que acaba de abrirle la puerta  
Gracias. Aquí se está fresco.

EL CARCELERO, apartándole á un lado y en voz baja  
Monseñor, dos palabras, si queréis oirlas.

SAVERNY

Aunque sean cuatro.

EL CARCELERO, bajando más la voz

¿Queréis escaparos?

SAVERNY, vivamente

¿Por dónde?

EL CARCELERO

Eso es cuestión mía.

SAVERNY

¿De verdad?

(El carcelero hace un signo con la cabeza.)

¡Ah, cardenal! ¿No queríais que el marqués Gaspar volviera al baile? ¡Pardiez! Pues seguirá danzando todavía. ¡No es tan mala la vida!

(Al carcelero.)

Bueno. ¿Y cuándo?

EL CARCELERO

Esta tarde, cuando caiga el sol.

SAVERNY, frotándose las manos

Françamente, estoy encantado de dejar esta casa. ¿Y á quién debo este auxilio?

EL CARCELERO

Al marqués de Nangis.

SAVERNY

¡Pobre tío mío!

(Al carcelero.)

A propósito, ¿nos salvaréis á los dos?

EL CARCELERO

Sólo á uno puedo salvar.

SAVERNY

¿Y doblando la paga?

EL CARCELERO

Nada más que á uno.

SAVERNY, levantando la cabeza

¿A uno?

(Bajo, al carcelero.)

Entonces, escuchad.

(Mostrando á DIDIER.)

El que se ha de salvar es aquél.

EL CARCELERO

¡Os burláis!

SAVERNY

No. ¡Aquél!

EL CARCELERO

¡Qué idea, monseñor! Vuestro tío hace esto por vos y no por otro.

SAVERNY

¿No queréis? Entonces preparad dos ataúdes.

(Vuelve la espalda al carcelero, que sale asombrado. Entra un escribano.)

EL ESCRIBANO, saludando á los prisioneros

Señores, un consejero del rey, en la gran Cámara, va á venir.

(Saluda de nuevo y sale.)

SAVERNY

Bueno.

(Riendo.)

Tener veinte años, estar en septiembre y no poder ver octubre. ¡Qué fastidio!

DIDIER, con un retrato en la mano, absorto en su contemplación

¡Ven, ven! ¡Mírame! Así; tus ojos en mis ojos.

¡Qué hermosa es! ¡Y qué extraña gracia la suya! No parece mujer. ¡Oh, no! ¡Es una frente de ángel! Dios, al dotar de candor esta mirada, iba aumentando el pudor según aumentaba el fuego. Esta boca de niña, que entreabre una veleidad, palpita de inocencia...

(Arrojando violentamente el retrato al suelo.)

¡Oh! ¿Por qué la buena mujer que me recogió de niño, no golpeó mi frente para que se estrellara contra las piedras? ¿Qué crimen cometí contra mi madre, que me dió la vida, para castigarlo? ¿Por qué, en su desgracia, ó en su crimen, al separarme del seno que debía darme abrigo, no fué bastante madre para estrangularme?

SAVERNY, viniendo del fondo de la terraza

Mirad, las golondrinas vuelan bajo; esta tarde lloverá.

DIDIER, sin escucharle

¡Oh, mujer, cosa traidora y loca! ¡Ser inconstante, amargo, tempestuoso y profundo como el mar! ¡Yo, que había confiado mis velas á ese mar! En mi cielo no brillaba más que una estrella. Avanzaba, naufragué y abordo en el sepulcro. Sin embargo, yo era naturalmente bueno, el porvenir podía serme favorable, tal vez tenía sobre mi cabeza una llama celeste... y una fuerza en el corazón... ¡Oh, desdichada mujer! ¿No te estremecías al mentirme de esta suerte á mí, que te dejaba mi alma en los brazos?

SAVERNY

¡Todavía Marión! En fin, vos pensáis como queréis...

DIDIER, sin escucharle; recogiendo el retrato y clavando en él los ojos

Mujer, que me has engañado, demonio que velas tus ojos con el ala de un ángel,

(volviendo á colocar el retrato sobre su corazón)

¡vuelve aquí, á tu sitio!

(Acercándose á SAVERNY.)

¡Qué extraño prodigio! Este retrato vive, ¡vive! Cuando dormías, esta noche, me ha estado royendo el corazón...

SAVERNY

¡Pobre amigo! Hablemos un poco de la muerte.

(Aparte.)

Esto me entristece un tanto, pero á él le consuela.

DIDIER

¿Qué decíais? No escuchaba; desde que me dijeron aquel nombre, estoy como aturdido; no recuerdo nada, no sé nada, lo olvido todo.

SAVERNY, cogiéndole del brazo

¿Y la muerte?

DIDIER, con alegría

¡Ah!

SAVERNY

Habladme de ella, amigo mío, ¿qué es la muerte?

DIDIER

¿Habéis dormido bien esta noche?

SAVERNY

Muy mal. Tengo una cama que me ha dejado tullido como una paliza.

DIDIER

Bueno; pues cuando estéis muerto, vuestra cama será más dura, pero dormiréis más á gusto. Eso es todo. Además, hay el infierno; pero comparándolo con la vida, ¿qué es el infierno?

SAVERNY

Vamos, ya estoy más tranquilo. Lo único que me fastidia es que me ahorquen.

DIDIER

¡Bah! Al fin y al cabo es morir; no seáis exigente.

SAVERNY

¿Qué queréis? No acabo de contentarme. No lo digo por vanidad, pero la muerte no me molesta cuando es la muerte; lo malo aquí es la horca.

DIDIER

La muerte tiene mil aspectos y la horca es uno de ellos. Claro que debe ser molesto el momento en que el nudo os abate—como el viento á una llama—y os estrecha la garganta y obliga al alma á salir. Pero en el fondo, ¿qué importa? Con tal que perdamos la tierra de vista, vale tanto dormir en una tumba, como temblar en el palo de la horca, cuando el viento de las noches dispersa nuestros miembros y los cuervos se nos llevan la carne á picotazos.

SAVERNY

Sois un filósofo.

DIDIER

Si me roen los gusanos ó me pican los cuervos, es

interés del cuerpo, no mío. Cuando la tumba se cierra sobre nosotros, el alma levanta la losa con un dedo y escapa...

(Entra un consejero, seguido y precedido de alabarderos vestidos de negro.)

### ESCENA CUARTA

Los mismos, UN CONSEJERO DE LA CÁMARA,  
CARCELEROS y GUARDAS

EL CARCELERO, anunciando

El señor consejero del rey.

EL CONSEJERO, saludando alternadamente á SAVERNY y á DIDIER

Señores: mi obligación es penosa y la ley es severa...

SAVERNY

Ya comprendo. No hay esperanza. ¿Qué más, señor?

EL CONSEJERO, desenvolviendo un pergamino

«Nos, Luis, rey de Francia y de Navarra, denegamos la solicitud que dichos condenados han formulado cerca del rey; pero compadecidos en el alma de ambos en la forma, les conmutamos la pena de horca por la decapitación.»

SAVERNY, con alegría

¡Vamos, gracias á Dios!

EL CONSEJERO, saludando de nuevo

Estad prevenidos, señores. La ceremonia tendrá lugar hoy mismo.

(Saluda y se dispone á salir.)

DIDIER, que ha permanecido en actitud soñadora, á SAVERNY

Decía que, después de la muerte, hayan dejado el cuerpo en el osario, hayan abierto llagas en todos sus miembros, hayan descoyuntado los brazos, roto los huesos, ó manchado la piel con el barro de las calles, de aquel trozo de carne muerta, impura y sangrienta, surge el alma inmortal, blanca y sin heridas.

EL CONSEJERO, volviendo sobre sus pasos; á DIDIER

Preparaos, señores, para el gran paso. Meditad.

DIDIER, con dulzura

No me interrumpáis, señor.

SAVERNY, alegremente á DIDIER

¡Ya no tenemos horca!

DIDIER

Lo sé. Han cambiado la fiesta. El cardenal no se separa de su verdugo y hace bien en utilizarlo. El hacha podría oxidarse.

SAVERNY

Me parece que os tomáis la noticia con frialdad, y no deja de tener su importancia.

(Al consejero.)

Gracias por la buena nueva.

EL CONSEJERO

Mejor la habría deseado yo. Mi celo...

SAVERNY

¡Ah! Dispensad. ¿A qué hora?

EL CONSEJERO

A las nueve, esta noche.

DIDIER

¡Que por lo menos el cielo esté negro como mi corazón!

SAVERNY

¿Dónde estará el cadalso?

EL CONSEJERO, mostrando con la mano el patio vecino

Aquí, en el patio mismo. Monseñor quiere asistir.

(El consejero sale con todo su cortejo. Los dos prisioneros quedan solos. El día comienza á declinar. En el fondo brillan las alabardas de los centinelas que se pasean silenciosos delante de la brecha.)

## ESCENA QUINTA

DIDIER y SAVERNY

DIDIER, solemnemente, después de un silencio

En este momento supremo, nos conviene atender á la suerte que nos espera. Somos casi de la misma edad y, sin embargo, yo soy más viejo que vos. A mí me toca conducirlos y exhortarlos hasta el fin. Yo soy quien os pierde; el reto partió de mí; vos vivíais dichoso; no ha bastado tocar en vuestra vida para romperla. Vuestra suerte se dobla bajo la mía hasta romperse. Vamos á entrar los dos en la noche del sepulcro. Démonos las manos...

(Se oyen golpes de martillo.)

SAVERNY

¿Qué ruido es ese?

DIDIER

Levantán el cadalso ó clavan nuestros ataúdes.

(SAVERNY se sienta sobre el banco de piedra. Continuando.)

Muchas veces, en el último instante, flaquea nuestro corazón; la vida nos tiene cogidos por lazos invisibles...

(El reloj da una hora.)